

los caballeros, las perlas y los diamantes parecían como llovidos sobre la frente de las señoras; todo cuanto podía mostrar esplendor, se ostentaba allí; pero lo único que no parecía, lo único que no se sentía era el corazón del pueblo, que da calor á todos estos actos de la vida pública.

¡Qué diferencia de otros tiempos y de otras Cortes! Cuando se abrían, no ya aquellas Cortes del año diez, que llevaban en su seno la regeneración de la patria, sino los mismos Estamentos del año treinta y cuatro, la esperanza rebosaba en todos los corazones, el entusiasmo salía de todos los pechos, llenando los aires con atronadores gritos. Nosotros, hemos visto también abrirse unas Cortes, en torno de las cuales se agrupaba todo el pueblo; nosotros hemos visto abrirse las Cortes Constituyentes de 1854. ¡Qué ansiedad tan grande en el país! ¡Qué deseo tan intenso de leer en el espíritu de los diputados y escurrir sus intenciones! ¡Con qué afán seguían los pueblos á aquellos hombres, casi todos nuevos, que iban á abrir profundos surcos en esta tierra sedienta de libertad!

¡Todo háse cambiado, todo! Abrían unas Cortes en medio de la mayor indiferencia. Algunos curiosos acudían á las tribunas á ver el brillante espectáculo que ofrecía una corte de gala. Algunos diputados adictos al ministerio vociferaban, sin calor ninguno vivas, que se estrellaban en las paredes, vivas sin resonancia, vivas sin ecos. Después de esto, muere todo, se acaba todo, y quedan unas Asambleas donde las artes de la intriga suceden á las antiguas artes de la palabra y á la gran táctica parlamentaria; y el hielo de la indiferencia cae sobre el corazón del país.

Repetióse, pues, la escena de todos los días, la escena de siempre. Mucho bordado, mucha perla, mucho diamante; los ecos de las músicas, el estampido de los cañones, el redoblar de los tambores, el repicar de las campanas, todo, menos los latidos del corazón del pueblo. Creímos notar que, no obstante

las seguridades de la prensa oficial, la salud de la Reina estaba profundamente alterada. En algunos párrafos la emoción de su voz era tal, que velaba materialmente los conceptos. La apertura estuvo, pues, más fría aún que la atmósfera cargada de nieve.

En cuanto al discurso, ¿qué diríamos del discurso? Hacia pocos días que al otro lado del mar se abría también un Congreso. Allí no había bordados, ni entorchados, ni banderas, ni cruces, ni placas. Eran los que celebraban aquella ceremonia unos hombres sencillos, que creen que no hay en el mundo título superior al título de ciudadano. El oscuro hijo de un artesano, de un sastre, elevado á la presidencia, al gobierno de aquella grandiosa nación, leía un largo discurso. ¡Cuántos problemas, cuán difíciles! El gobierno de nuevos Estados reconquistados al regazo de la patria; la suerte de cuatro millones de hombres arrebatados á la esclavitud; el destino reservado á un ejército formidable, cuyas victorias son las más honrosas para el género humano; el cambio de la administración militar por la administración civil; el pago de una deuda crecidísima; un conflicto con Inglaterra por la cuestión de los beligerantes, otro conflicto con Francia por la cuestión de Méjico, y en medio de todo esto, qué seguridad en lo presente, qué confianza en lo porvenir, qué sencillez de medios, qué admirable economía de recursos, qué grandeza de fines! Comparad el discurso que el presidente de los Estados Unidos acababa de leer, con el discurso que los ministros responsables habían puesto en los labios de la reina de España: comparadle, y á vuestra conciencia dejamos el juicio que de la comparación resulte.

El párrafo más importante del discurso era el relativo á Italia. ¿Se decía que el ministerio iba á mostrarse orgulloso de su obra; que iba á encarecerla altamente? Nada de eso. Dos palabras dichas de corrido, precipitadamente. Y al lado de esta concisión, un largo párrafo

en que se encarecía lo mucho que el gobierno estaba dispuesto á hacer por la Santa Sede, por el Padre común de los fieles, por el poder temporal del Papa, todos los tópicos de los neo-católicos. Puede decirse que la unión liberal arrojó el discurso de la corona á los pies de los obispos. Y, sin embargo, los obispos brillaban por su ausencia. Solamente se veía en aquel sitio al reverendísimo patriarca de las Indias, aquel que atribuyó al Espíritu Santo unos versos de Horacio. *La Regeneración* había triunfado sobre los obispos. De todos modos, unas Cortes más; pero de esas Cortes alejado, completamente alejado el país. Mucho ceremonial; debajo nada.

Por los últimos días de Diciembre hubo en Madrid otra manifestación política por extremo grave y significativa, de una gran trascendencia, pues demostraba la inmensa impopularidad á que había llegado la corte.

Si hay aspiración noble, aspiración generosa; si hay idea que pueda tocar en lo más íntimo de nuestro corazón como españoles; si hay trabajo digno de una generación afortunada, es la unión de España y Portugal. Estas dos naciones que habían sido una sola bajo el yugo romano, y bajo la dominación visigoda, se separaron en aquel grande fraccionamiento que trajo naturalmente á España como á toda la Europa occidental la irrupción del feudalismo. Sancho el Mayor de Navarra, respiró esta idea feudal allende el Pirineo, y la trajo al corazón de Castilla. Sus hijos, sus descendientes, olvidaron la idea germánica de la electividad de los reyes, y consideraron los reinos diversos como patrimonios particulares suyos, como una heredad, y los dividieron entre sus hijos. De aquí provino el error de aquel rey que no queremos nombrar, el error de dividir España y Portugal entre sus hijas. Portugal tuvo un gran fundador, uno de aquellos reyes feudales, cuyo arreo eran las armas, cuyo descanso era pelear. Varias alternativas ha tenido la división de España y Portugal. Pero se hu-

bieran las dos naciones enlazado poderosamente, si la casa de Austria no hubiera tenido aquella feroz política que fué la causa de todos nuestros males. Portugal conservó á la dominación española, el horror que Bélgica, el horror que Holanda. Los pueblos hermanos quedaron separados para siempre por el cetro de hierro de la casa de Austria, más temible que la guadaña de la muerte.

Y si se examina la historia se verá que, unidos ó separados, siempre ha sido uno el espíritu de España y Portugal; uno su carácter, una su vida. Sangre celta y sangre ibérica discurre por las venas de sus primitivos pobladores. Lusitano era sin duda el primer héroe que representa ante Roma el principio de nuestra nacionalidad. Los dos pueblos caímos en un día al pie de la Ciudad Eterna. Los dos recibimos con cortas diferencias los mismos elementos germánicos. Los dos fuimos redimidos casi por unas mismas manos. El joven Alfonso V murió mártir de su fé al pie de los muros de Viseo. En Calatañazor soldados portugueses había, en aquella batalla que quebrantó al gran coloso, el califato de Occidente. En el Salado, en la batalla que cerró al africano las puertas de España, había también soldados portugueses. Y en el siglo décimo quinto, si nosotros descubrimos el camino del Nuevo Mundo, ellos descubren el camino del antiguo; si nosotros revelamos la tierra de lo porvenir, ellos revelan la tierra de lo pasado; y unos y otros, audaces navegantes, poblamos el Océano de leyendas, de maravillas, de milagros.

Y el trabajo social es el mismo. Cuando el feudalismo es vencido en España, es vencido en Portugal. La monarquía llega en los dos países á un mismo tiempo; el feudalismo á su período de exaltación en las dos grandes personificaciones del terror monárquico, en el siglo XIV. A un tiempo cayó en una y otra tierra el poderío de la nobleza. A un tiempo se implantó la monarquía absoluta. A un tiempo entró en el gobierno la filosofía del

pasado siglo; allí con Pombal, aquí con Aranda. Nos unió la guerra de la Independencia, en que defendimos una misma causa. Nos unió la guerra civil, pues á un tiempo entramos en las condiciones del régimen constitucional. ¿Quién será capaz de desconocer que España y Portugal deben ser una sola nación?

Si es verdad que tiene una historia gloriosa, también la tiene Navarra que venció á Cárlo Magno; también la tiene Galicia que venció á los normandos; también la tienen las provincias Vascongadas que constituyeron una república; también Aragon que fué el modelo de la política de la Edad Media; también Cataluña y Valencia que dominaron el Mediterráneo; también Andalucía que civilizó al mundo con las escuelas de Córdoba y Sevilla, y envió al Atlántico los compañeros de Colon, los descubridores del Nuevo Mundo. No hay una provincia desde Asturias á Extremadura que no tenga una gran gloria que ofrecer, y á veces una nacionalidad que recordar. Casualmente los caracteres de nación que Portugal tiene, lo habilitan más para la unión con España, una unión á semejanza de la que existe entre los Estados-Unidos, basada en la descentralización política, en la descentralización económica, en la descentralización administrativa. Esta unión es indispensable hoy que las dos naciones latinas constituyen dos grandes y poderosos grupos. Los medios de la unión no hay para qué decirlos; sobradamente los saben por una larga experiencia los pueblos modernos.

Casualmente Portugal daba entonces gloriosos ejemplos á la Península toda, de su adhesión á las ideas del siglo presente; esa adhesión que lo constituyen hoy en la Bélgica del Mediodía. La Constitución se observaba por su rey con una fidelidad digna del finado Leopoldo. Sus Cámaras eran elegidas sin que se proscibiese sistemáticamente ningún partido. Sus obispos no se sublevaban cuando se trata de reconocer el reino de Italia. La pren-

sa era completamente libre. Allí no había escritores en la cárcel. El jurado ejercía en la administración de justicia su admirable ministerio. El sufragio confinaba casi con el voto universal. La asociación era permitida. La tolerancia religiosa completa. Discutiase el registro civil y el matrimonio civil, que arrancaban á la teocracia la tutela de la familia. Los aranceles eran muy bajos. Portugal era un pueblo libre. Su rey, lejos de tener escrúpulos indignos del siglo XIX, se ha enlazado con la hija de Víctor Manuel y había entrado en la familia de Saboya, en el momento mismo en que el látigo de la excomunión caía sobre esa familia por el enorme crimen de haber salvado á Italia en Palestro y San Martino.

¿Se extrañará ahora el recibimiento que el pueblo de Madrid, en los días últimos de Diciembre, dispensara al rey portugués? Por muy demócratas que sean los pueblos, y Madrid lo es mucho, no dejan nunca de estimar á reyes adictos al pacto constitucional, como lo son indudablemente los monarcas lusitanos. Verían con mayor satisfacción á esos hombres, que como Lincoln, ó como Juárez, sostienen el pabellón de la democracia en el Nuevo Mundo. Pero en el estado presente de Europa, en esta conspiración tramada por el cesarismo de un lado y el neo-catolicismo de otro, para llevarnos á la dictadura ó á la teocracia, son todavía de apreciar aquellos reyes que no se dejan dominar por camarillas frailunas, y que viven dentro de la atmósfera de su siglo. Uno de estos es el rey de Portugal.

Madrid le dispensó la acogida más benévola, acogida que no dispensa este pueblo á todos los reyes. Lo mismo en el andén de la estación que en la plaza de palacio; lo mismo en la plaza de palacio que en la Cuesta de la Vega; lo mismo en la Cuesta de la Vega que en el puente de Segovia, los vivas que se dieran no eran muestras de adhesión á una persona, á un monarca; eran vivas á las ins-

tituciones liberales tan en armonía con el espíritu del siglo, con el carácter de este gran pueblo de Madrid, que cada día siente más la necesidad de entrar en el concierto de las naciones europeas por esas reformas que son la primera, la más sagrada de las emancipaciones posibles, la emancipación del espíritu.

El sentido liberal del pueblo de Madrid no podía dejar en esta ocasión de dar una muestra de sus sentimientos de adhesión á la causa liberal. Esta y no otra es la significación del grandioso espectáculo ofrecido por Madrid en la primera visita del rey de Portugal. Podía resumirse en esta fórmula: Todo por la libertad; nada con los enemigos de la libertad.

Y es de notar que el rey de España iba junto al rey de Portugal y veía las manifestaciones de odio á su raza, mezcladas, confundidas con las manifestaciones de entusiasmo á la raza reinante en Portugal. Bien es verdad que el espíritu neo-católico llegaba á los últimos extremos de exaltación y de fanatismo. Protegido por el episcopado y por la corte, publicábanse unas letanías lauretanas cuyo objeto era dar algún donativo al Papa envuelto en apotegmas religiosos, y en máximas católicas.

Tristes síntomas en verdad ofrecían las antiguas creencias, las antiguas ideas. Al repasar los diarios neo-católicos, después de leídas las letanías lauteranas, á la verdad nos quedábamos entristecidos, consternados. Para ciertas almas, para ciertos temperamentos que creen posible la vida en una sociedad sin ideal, en una sociedad sin aspiraciones á lo infinito, en una sociedad sin creencias, las letanías lauretanas, ó no significan nada, ó son asunto de pura risa, asunto de chistes más ó menos fundados, de ironía más ó menos fina, asunto de burla. Nosotros, sin dejar de compadecer tanta decadencia moral, tan profunda ignorancia; sin dejar de sonreírnos al cúmulo de insignes ridiculeces que conte-

nian esas listas sacrílegas, sí, sacrílegas porque profanaban el sentimiento religioso; sin dejar de compadecer lo que es digno de compasión, ni de reír lo que es digno de risa; nosotros, allá en el fondo de nuestros sentimientos, en el *substratum*, digámoslo así, de nuestras ideas, lo que encontrábamos ¡ay! era una pena profunda al ver las creencias que se habían apoderado de los que tienen exclusivamente á su cargo dirigir el espíritu religioso de un país tan grande como España.

La opinión estaba verdaderamente escandalizada. Ya no es la fé aquel aroma purísimo que llenaba de virtudes toda el alma. Ya no es la musa que inspiró á Calderón, que trazó las vírgenes de Rafael y de Murillo, que filigranó las agujas de la catedral de Burgos, y levantó en los aires la asombrosa cúpula de San Pedro, para comunicar los sepulcros de las generaciones paganas con el cielo de los cristianos. La fé de nuestros neo-católicos, de los que escriben esas letanías patrocinadas por los obispos, impresas en los periódicos, recomendadas por las sacristías, esa fé es una odiosa bacante tomada del vino de todas las malas pasiones. En primer lugar, ¿qué fé es esa, que fé es esa que anda á campana herida publicándose en los periódicos? Esa fé se parecería á una doncella que para mostrar su rubor saliese desnuda por la calle. «No sepa la mano izquierda el bien que haga la mano derecha.» «No os parezcáis á los escribas y fariseos que oran en el templo á gritos.» Así hablaba Cristo. La fé al uso es un mercado, la fé que los periódicos neo-católicos escriben á clarín herido y á tambor batiente, es una blasfemia.

El salir á luz tan descaradamente ya es un mal. ¡Pero si al ménos fuese pura! Mas vedla y horrorizaos. Cierta devota en versos que son una ofensa al sentido común, y otra ofensa al sentido moral, llama á los revolucionarios hidras, y pide al cielo su exterminio. De suerte que esta Judit neo-católica sería capaz,

por salvar la redaccion de cualquier periódico absolutista, de llevar un churí en la liga, y acometer con él despiadadamente á esas hidras, cuyo exterminio pide al eterno amor, á la bondad eterna. Otro llama hipócritas embusteros á los liberales de Italia, palabras envueltas en una nube de incienso, y dichas entre un par de casillas del rosario glorioso, ó del trisagio que Isaías oyó cantar en el cielo. Otra, en celebracion de la fiesta de María, insulta á dos sacerdotes como Medina y como Aguayo. Si mañana creyera que debía matarlos, en verdad los mataría despiadado *ad majorem Dei gloriam*. Uno le pide á la Virgen, en latin horrible, que aplaste la cabeza de sus enemigos. De suerte que éste, no atreviéndose á coger una maza y hacer de los sesos de los liberales una tortilla, se lo encomienda á la Virgen María, como si la Virgen fuera algún capitán de asesinos. Un fraile pide, á la madre de Jesús, que aplaste la obra iniciada en el Calvario, la civilizacion moderna. Un catedrático del Seminario de Tuy, entre erupción y erupción, ha lanzado esta oración salvaje, especie de bocanada de bñlis y sangre sobre la Virgen María durante todo el tiempo de las elecciones: *contere caput malignantium et Pio obsidiatum, sicut contrivisti caput serpentis*.

Pero continuemos. Un señor de Oviedo, para dirigir una oración aceptable á la Virgen, diserta largamente sobre la union liberal. Otro, de Bronchales, lanza sobre los reyes el siguiente párrafo, que si lo hubiéramos escrito nosotros anochebamos en el Saladero: *Santissime Pater, Dominus à dextris tuis, confregit in die iræ suæ reges*. Otro llama al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo á esta obra de misericordia: «aplata la impía francmasonería, que intenta insensata destruir nuestra santa religion.» Otro: «Confunde al dragon infernal y á sus secuaces.» Estos somos nosotros. Otro dice lo siguiente: *Non transibit per eam pollutus*. Otro le llama á Cristo capitán y le pide seis plazas de soldado para su

hijo. ¡Capitan! ¡Qué profanaciones! Otro ruega á la Virgen que salgan diputados reaccionarios de las urnas. La pluma se nos cae de las manos al ver profanado así lo más puro, lo más íntimo, lo más esencial que hay en nuestro sér, el sentimiento religioso. Esto es horrible, esto es verdaderamente escandaloso.

Pero no creais que llegan aquí las atrocidades. Hay más: hay un escándalo digno de la *Llave de Oro*; hay una proposición, que es una blasfemia escupida á Dios. Léase esta proposición tal como ha salido en un periódico que blasona de católico entre los católicos, y si nuestros lectores tienen la desgracia de comprender todo su sentido, se horrorizarán como nos hemos horrorizado nosotros:

«Virgen Santísima: así como toda la Beatísima Trinidad estuvo pendiente (á nuestro débil modo de entender, pues nada sucede en tiempo que no esté determinado desde la eternidad) de vuestra resolución para que en vuestro castísimo seno se verificase la Encarnación del Divino Verbo; del mismo modo lo estuvo de aquella excelentísima unión de vuestros Santísimos padres Joaquín y Ana, de la cual fuisteis concebida.»

¿Puede darse una blasfemia mayor? El Creador pendiente de la criatura. El que hizo los cielos y la tierra sujeto á un sér inferior á él, muy inferior á él. La Virgen María, elevada poco menos que á la categoría de Dios, ¿qué? á la categoría de un sér superior á Dios. Una criatura elevada á ser una persona más de la Trinidad. Dios, aquel Dios cuyo nombre no se atreverían á pronunciar nuestros padres de Israel, por miedo de que les quemase los labios, subordinado al matrimonio de Joaquín y Ana. ¿Puede darse una herejía mayor?

Notad lo que está pasando; notad cómo nos invade el paganismo por todas partes. La idea del Dios-espíritu se ha oscurecido completamente en la conciencia. Durante la Edad Media, ni un templo siquiera, ni un solo templo al Eterno, á Dios, al polo inmóvil de la vida. Y ahora, ya no solamente se oculta la idea del

Creador por la idea de las criaturas, sino que se levanta blasfema, sacrílegamente á María sobre Dios. De aquí esos libros devotos, que son eróticos; esos sermones, que se olvidan de las eternas leyes de la moral; esas invocaciones, á veces ridículas; el cristianismo sustituido por una especie de paganismo que recuerda las fiestas de Vénus y de Adonis; y el clero puesto á servicio de una escuela política como Sinmaco, cuando se arruinaba el Capitolio, ponía los dioses romanos á servicio del Senado espirante.

Y mientras se toleraban estas bocanadas de superstición neo-católica, en la cárcel yacían editores, redactores de periódicos liberales, víctimas de sañudas persecuciones é implacables venganzas.

Un periódico, esta obra enciclopédica, donde todas las ideas encuentran espacio, todos los hechos anales, todas las artes ecos, todos los problemas desarrollo, todos los dolores desahogo, todas las aspiraciones fórmulas, todas las grandes batallas aliento; un periódico, este libro inmenso que todos leen y que todos escriben; que descompone como el iris los matices de la luz y lleva en su seno como la nube los relámpagos de la tempestad; que es acaso, como la Agera en Atenas, como el Foro en Roma, el sitio donde se congregan todos los tribunados, donde cantan todos los amores por las ideas, y donde rugen todos los odios; instrumento que no tuvo ninguna antigua revolución, misionero de que no dispuso ninguno de los reformadores que han, con su idea ó con su palabra, volcado un mundo y engendrado otro; el periódico es hoy, en este inmenso caos donde tantos nuevos elementos sociales se agitan, la obra más penosa, la que más sudores cuesta, la que más vida consume, la que menos satisfacciones procura; pero al mismo tiempo la que tiene más trascendental influencia sobre la vida y sobre las costumbres; y por esto, sin duda, es el blanco de las iras de los gobiernos reaccionarios; la víctima

que demandan en su furor y en su despecho, para vivir una hora más todas las tiranías espirantes.

Escasa defensa en verdad. ¡Para sostener un trono ahogar un periódico! Desde el fondo de sus cárceles anunciaban los perseguidos humildes á los perseguidores omnipotentes la hora suprema de su ruina.

No de otra manera el pobre solitario que la Roma imperial perseguía, aseguraba desde el lecho de cenizas ó desde la rueda del tormento la apocalíptica caída de Roma; y el libre pensador que la Inquisición ó la monarquía entregaban á las llamas, presentía que de sus huesos calcinados iban á levantar chispas de electricidad y de luz bastantes á encender en fé las conciencias, y á consumirlas protervias del despotismo.

Este don de la fé y de la esperanza solamente se acrisola en la desgracia, y á veces Dios lo concede solo á los ignorantes y á los humildes. Pero á este don se debe el doble milagro que intentan todas las revoluciones: la caída de los privilegios y su sustitución por los derechos. Como la corteza del globo, no es más que la petrificación de aglomeraciones infinitas de despreciables átomos, la corteza de la sociedad, acaso no es más que la condensación de la sangre de generaciones innumerables de oscuros mártires. Los apóstoles que el orgulloso romano antiguo no entendía; los oscuros frailes que el alto clero de la Roma católica no se dignaba oír; los puritanos despreciados por la soberbia de la aristocracia inglesa; el estado llano á quien la monarquía absoluta no quería alojar en los antiguos palacios por miedo de que con su sombra los manchase, y que iba á un desmantelado juego de pelota á prestar sus juramentos; estos seres despreciados y despreciables, en el criterio de la reacción y del privilegio, han creado con sus ideas, con su sudor y con su sangre el mundo del derecho, ese mundo donde el alma se dilata, y brilla